

intrépido' o 'temerario'. Luego, Winnie Verloc es descrita como una mujer “mujer de busto lleno, en un ceñido corpiño, y de anchas caderas”. Tres postmodificadores nominales con distinta construcción en español, imitando servilmente la expresión inglesa. (Algo más abajo propone “los hombres con los cuellos levantados...”) El original reza así: “woman with a full bust, in a tight bodice, and with broad hips”. Sonaría a castellano normal verterlo así: “mujer de generoso busto, vestida con un ceñido corpiño que resaltaba sus anchas caderas”.

Por no alargar en exceso esta reseña con más perlas de este jaez sólo señalaré finalmente que hay dos frases que se han suprimido y me pregunto por qué si contienen importante información sobre el personaje central: “These last were pronounced. He was thoroughly domesticated”.

Se impone pues una revisión total de la obra que la expurgue de errores, le pule sus contornos rugosos y le dé un brillante acabado. Resulta irónico que un autor que tachaba y pulía sin cesar su estilo de inglés no nativo acabe siendo traducido tal alevosamente al español. Creo que no se lo merece.

En fin, la evidente falta de calidad de la versión puede ser achacable a varios factores que, por desgracia, confluyen con frecuencia en traducciones literarias, incluso en obras señeras y autores sobresalientes. Esos factores contribuyen a que la traducción no sea de recomendable lectura: a) el apresuramiento en la ejecución de la versión y los plazos impuestos al traductor por parte de los editores; b) la escasa remuneración de tan noble labor, achacable a las editoriales que con frecuencia aplican tarifas por debajo de lo exigido por las Asociaciones profesionales. c) la nada disculpable preparación del traductor, puesto que hay muchos otros preparados para ejercer ese nada desdeñable menester, máxime cuando se trata de obras y autores destacados. d) y, como último eslabón de esta lamentable cadena, la falta de revisores pagados por las editoriales, que deberían de poner los puntos sobre las ies a defectos tan notorios.

En la tumba de Conrad en Canterbury está gravado este epitafio en versos del poeta Spencer sobre su lápida: “El sueño tras el esfuerzo, tras la tormenta el puerto”. Mejor que los muertos no levanten la cabeza.

[VICENTE LÓPEZ FOLGADO]

**De Toro Santos, Antonio Raúl; Cancelo López, Pablo, *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periódica española (1900-1965)*. Vertere. Monográficos de la revista *Hermeneus*, nº 10. Soria, 2008, 164 pp. ISBN: 84x-96695-24-7.**

Se puede afirmar que la traducción ha existido siempre. O casi siempre. Sería una labor imposible datar el primer acto traductor de la historia, porque, desde el momento en que hablantes de diferentes lenguas tuvieron la necesidad o el deseo de entenderse, existió nuestra disciplina. Evidentemente, es una actividad que ha ido evolucionando con el tiempo, porque, si bien al principio debió ser concebida como un medio necesario para la comunicación, como un acto puramente práctico y

pragmático, el paso de los siglos hizo que su consideración fuera cambiando. Así, la traducción ha tenido un importante papel en las relaciones políticas y diplomáticas, ha servido para dar a conocer culturas lejanas o exóticas, ha hecho accesibles grandes clásicos literarios a distintas comunidades de hablantes... Funciones todas ellas que, por supuesto, sigue teniendo hoy y tendrá en el futuro, porque la traducción es una actividad eminentemente unida al ser humano, quien siente una necesidad de comunicarse con los demás. Sin traducción, dice Steiner, “habitaríamos provincias lindantes con el silencio”.

Por todo esto, sería lógico pensar que el pensamiento teórico sobre la traducción debería también datar de tiempos inmemoriales. Y sin embargo no es así. Las corrientes teóricas modernas aparecen a partir de mediados del siglo XX, décadas más tarde en el caso de España. No obstante, este libro nos demuestra que, aunque no existiera una reflexión teórica “organizada”, por decirlo de alguna forma, sobre traducción, aunque no se publicaran libros al respecto ni se avanzara en su estudio en las universidades, su condición de actividad intrínsecamente unida al individuo y a la vida en sociedad provocaba que la reflexión surgiera de forma casi natural.

Antonio Raúl de Toro Santos y Pablo Cancelo López firman un trabajo de recopilación riguroso y completo. Los 32 artículos que componen *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periódica española (1900-1965)* forman una radiografía de la vida cultural y literaria de España en la primera mitad del siglo XX. Por lo tanto, este monográfico, editado por la revista *Hermeneus*, es, además de un brillante trabajo recopilatorio, un homenaje a todos los traductores en la sombra, a los que anticiparon las bases de las teorías que se desarrollarían años más tarde, a los que trajeron cultura a un país deprimido por la guerra y la dictadura.

La obra, de 151 páginas, consta de un prólogo de los autores, una introducción, y dos partes tituladas “Teoría de la traducción” y “Crítica de la traducción”. Si bien el prólogo es una breve explicación de la metodología seguida en el trabajo, la introducción, escrita por Román Álvarez, prepara al lector para la correcta comprensión de la obra. No está a punto de leer artículos innovadores que supongan un avance en el campo de la traductología, sino de escarbar en sus orígenes; en otras palabras, no se trata de viajar hacia el futuro, sino de echar una mirada al pasado. Catford aún no había desarrollado sus teorías acerca de la equivalencia, Hermans no había hablado de manipulación y todavía faltaban muchos años para que Venuti escribiera sobre la visibilidad del traductor, y sin embargo, como dice Álvarez, “de algún modo, en los artículos aquí recogidos todo eso está sin formular pero late de manera soterrada” (p. 15).

En las nueve páginas de la introducción, Álvarez contextualiza los artículos e incluye interesantes reflexiones acerca del convulso período histórico en el que fueron escritos. Compara el momento pasado con el actual y nos hace ver que, aunque la traductología ha avanzado mucho en los últimos 50 años, hay cosas que siguen igual: problemas recurrentes en nuestra profesión que siguen sin solución, preguntas que aún no tienen respuesta. Así, Álvarez nos insta a leer esta obra no con

nostalgia, sino con reconocimiento, observando la visión caleidoscópica y heterogénea que forman los “deliciosos artículos” (p. 19) que componen el libro, recordando que, antes y ahora, la diversidad de opiniones es enriquecedora y siendo conscientes de que fueron pequeñas reflexiones como éstas las que “marcaron las huellas por donde muchos críticos, traductores y traductólogos habrían de transitar en el futuro” (p. 23).

Como hemos dicho, la obra está dividida en dos partes: la primera de ellas recoge los artículos que hablan de teoría de la traducción y resultará curioso para el lector que conozca bien las modernas tendencias de este campo comprobar que muchas de esas ideas se avanza ya aquí, aunque sea con otros nombres. Así, por ejemplo, en varios de los ensayos se habla del eterno problema de si es lícito adaptar una obra extranjera a los gustos y costumbres de la sociedad receptora o si es mejor mantener el sabor original para que no se pierda el verdadero sentido de la obra en su contexto. Una duda que, muchos años más tarde, traería como resultado a la conocida dicotomía entre exotización y domesticación de Lawrence Venuti. Como muestra, en el primer artículo un escritor anónimo afirma que la adaptación rigurosa de una obra de teatro ha privado a sus traductores de “dar a su trabajo el sabor local que algunos paladares delicados echarán de menos” (p. 27), mientras que en otro Ricardo Baeza afirma que es necesario “moldear al público, en lugar de moldearse con arreglo a él” para de esta forma poder introducir innovaciones en el teatro. Si, por el contrario, no se eleva el nivel de las obras para no contrariar los gustos del público, el teatro “no podrá salir jamás de una situación estacionaria” (pág. 40). De esta forma, Baeza intuye también una vertiente pedagógica en la traducción, una idea que ampliarán años más tarde las teorías postcoloniales.

Traducir el sentido sin perder la forma es otro de los temas recurrentes en estos ensayos; de hecho, varios autores se quejan de la cantidad de versiones apresuradas y sin sentido que se publican cuando, en palabras de Gómez Carrillo, “traducir es un arte de abolengo” (p. 36). Así, se reclaman profesionales que realmente conozcan la obra y el estilo del autor además del idioma, en lugar de traductores que hacen su trabajo de una forma mecánica, “que no dejan ver la diferencia que existe entre una página de Flaubert y una página de Stendhal” (p 38). De esta manera, se incide en la idea de que la traducción literaria tiene precisamente que ser tan “literaria” como se pueda, sin perder nunca de vista la literalidad... o incluso perdiéndola en algunos casos, porque, como nos cuenta Araujo-Costa, hay traducciones que mejoran el original.

Curioso resulta también leer artículos, escritos sobre todo en la época de la posguerra, que nos hablan de la falta de producción nacional de literatura. Aunque varios autores se quejan de que se traducía demasiado, es justo reconocer que en una época de absoluta crisis a todos los niveles, la traducción actuó como medio impulsor de nuevas ideas y corrientes estéticas. A pesar incluso de la censura, las numerosas traducciones que se hicieron de obras extranjeras sirvieron para reavivar una escena literaria y cultural que estaba prácticamente muerta. Como afirma

Francisco de Cossío, la guerra rompió “la línea de continuidad en la expresión” y provocó que hubiera “un gran vacío de ideas” (p. 59) y es en ese momento cuando más valor adquiere nuestro trabajo porque “entonces no es el escritor audaz el que impone un estilo nuevo, es el traductor”.

La segunda parte del libro está dedicada a la crítica de traducciones y en ella encontramos numerosos artículos que dan cuenta de la mala calidad de ciertas versiones. Especialmente recurrentes son los que Astrana Marín dedica a las traducciones de *Romeo y Julieta* y *Hamlet* de Martínez Sierra, de quien dice que “ha suprimido del original personajes, escenas enteras y párrafos completos, y añadido lo que le ha venido en gana. Una profanación como jamás se llevó a cabo” (p. 72).

Por otra parte, resulta interesante ver cómo a lo largo de esta segunda parte se hacen patentes dos tipos de actitudes respecto a la traducción. La primera, defendida por la mayor parte de los escritores que aparecen en el libro, considera este trabajo como una labor compleja que precisa de una preparación académica o intelectual y de cierto gusto y estilo literario. La segunda, en cambio, considera que la traducción es una tarea mecánica que no merece ninguna consideración especial; sirven como muestra las palabras de la traductora de *In carcere et vinculis* de Oscar Wilde al español: “«al fin y a la postre, una traducción no es sino una traducción»” (p. 112). Podríamos decir que aún encontramos una tercera actitud, la que manifiesta Baeza al afirmar que “una obra extranjera no ejerce su plenitud de influencia en un país hasta que se haya incorporado a su idioma” (p. 119); de esta forma, conecta con recientes teorías que consideran que el traductor es co-autor de la obra, puesto que le da voz en otro idioma. Así, en lugar de relegar a las traducciones y a sus autores a un segundo plano, Baeza prosigue su alegato en el siguiente párrafo afirmando que “la traducción, considerada en su ser genuino, es cosa muy distinta: una verdadera obra de arte; tan artística, desde el punto de vista de la forma, como la obra de creación, y participando de la naturaleza de ésta de la obra de crítica” (p. 119).

Por último, me gustaría comentar una serie de quejas que aparecen de forma recurrente a lo largo de todo el libro y que, curiosamente, siguen oyéndose hoy en día. Son varios los autores que en esta obra se lamentan de la baja calidad de algunas traducciones y si bien en varios casos es evidente que no existe justificación para un trabajo mal hecho, en otros afirman que no es tan raro teniendo en cuenta “las condiciones de precariedad en que se desenvuelve nuestra labor de traducción: industria a destajo, realmente; trabajo mal retribuido y, como tal, hecho con toda premura” (p. 50). Además de denunciar las malas condiciones laborales en las que se desarrolla el trabajo, se lamentan de la poca profesionalidad de los editores, quienes “escogen traductores oscuros, de corto salario” (p. 57).

Es cierto que nuestro campo ha avanzado mucho; hoy en día, se publican numerosos libros sobre traducción; se organizan congresos, seminarios, jornadas; y existen un sinnúmero de másteres y programas de doctorado, además de la licenciatura. La profesión ha avanzado y sin embargo, en muchos casos, las condiciones de trabajo siguen siendo las mismas de hace 90 años.

Las razones, tanto ayer como hoy, son de sobra conocidas y ya las apuntaba bien Gómez de Baquero a principios del siglo XX: “Dicen que en el fondo de toda cuestión social hay una cuestión económica. En el fondo de la mayor parte de los fenómenos literarios hay también un sedimento económico” (p. 65).

En conclusión, *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periodística española (1900-1965)* es una obra interesante y de lectura entretenida y agradable, un paseo por la vida literaria de nuestro país durante los primeros 65 años del siglo XX, un ejercicio de recuerdo que nos ayuda a comprender el estado actual de nuestra profesión. Antonio Raúl de Toro Santos y Pablo Cancelo López realizan un excelente trabajo de recopilación al poner a nuestro alcance 32 artículos que, puesto que avanzan algunas de las ideas que revolucionarían el mundo de la traducción en las últimas décadas del siglo XX, podrían ser considerados pioneros en la reflexión traductológica en España.

[MARÍA LÓPEZ PONZ]

**Oliver, Antoni; Moré, Joaquim; Climent, Salvador (coord.) (2008). *Traducción y tecnologías*. Barcelona: Editorial UOC. 315 pp. ISBN 978-84-9788-740-3**

El uso de las nuevas tecnologías, en expansión especialmente durante los últimos años, se está incorporando a todas las actividades, de manera que también el sector de la traducción cuenta en la actualidad con una gran cantidad de herramientas y utilidades tecnológicas que facilitan la labor del traductor. Sin embargo, en ocasiones el traductor puede sentirse perdido, debido fundamentalmente a la elección de programas poco adecuados para sus necesidades, perdiendo así tiempo y haciendo un mayor esfuerzo. Oliver y Moré, coordinados por Climent, pretenden con esta obra, dirigida a estudiantes de grado y de postgrado, así como a traductores profesionales, ofrecer los conocimientos básicos y la práctica con herramientas y recursos informáticos necesarios para optimizar la productividad y el rendimiento del traductor.

El presente volumen, que comienza con una breve “Introducción” (pp. 13-15) realizada por el coordinador, se encuentra articulado en dos partes diferenciadas: los temas teóricos de la primera parte se complementan con diversas prácticas, en las que se utilizan los recursos propuestos por los autores. Asimismo, habría que destacar que es una obra en constante desarrollo pues, debido a los numerosos avances que se producen en el mundo de las tecnologías, los autores han creado una página web en la que se incluyen contenidos como los enlaces para descargar recursos y archivos necesarios para las prácticas, nuevos capítulos e información actualizada sobre tecnologías aplicadas a la traducción, entre otros.

La parte teórica (pp. 17-184) cuenta con nueve capítulos, todos muy bien organizados, hecho que facilita la comprensión de los conceptos explicados. Cada uno comienza con una breve “Introducción” al capítulo, los “Objetivos” que se conseguirán y el índice del “Contenido”, y termina con las “Conclusiones” y con